

**V FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES** ◆

De volcanes a volcanes. Centroamérica en La Palma

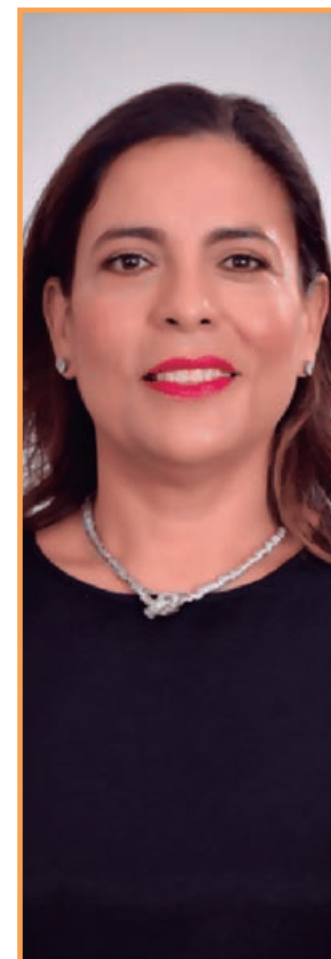
Autores centroamericanos, españoles y canarios cruzan literaturas en Los Llanos de Aridane

CLAUDIA NEIRA BERMÚDEZ (*)

Las similitudes entre los volcanes que atraviesan Centroamérica, y su historia no creería que son casualidad. La fuerza y potencia de nuestros volcanes, desde el Volcán del fuego en Guatemala, hasta el volcán Irazú en Costa Rica pasando por el Momotombo y Momotombito en Nicaragua, Izalco en El Salvador, Isla el tigre en Honduras o Barú en Panamá, hacen de este istmo en el centro de América una región vigorosa, creativa y sobre todo incierta.

Esos rasgos, han hecho posible que los centroamericanos nos reinventemos las veces que sea necesaria, y hagamos de la creación uno de nuestros principales elementos. Es así, como en esta región conformada por 61 millones de personas y con una historia marcada por conflictos bélicos, desastres naturales, dictaduras, pero también con un canal interoceánico, y el primer país del istmo sin ejército, se resiste a pasar desapercibida y ha encontrado en la literatura un sitio para contar.

La fuerza de los volcanes de Centroamérica, es sin duda el motor de esta región y el hilo conductor que nos ha permitido articular a lo largo de años historias. Estar estos días, aquí en La Palma con esta representación de 21 autoras y autores de la región nos llena de orgullo y felicidad porque también nos permitirá conocer del trabajo de autores locales y segura-



mente intercambiar historias que terminarán en nuevas novelas, cuentos o poemas. Agradecemos a los organizadores permitirnos estar aquí y que nuestras voces cuenten, cuenten nuestras historias, nuestras realidades, pero también que sean escuchadas y sobre todo, poder escuchar e intercambiar con ustedes, palmeras y palmeros.

Sin duda alguna, la fuerza de nuestros volcanes nos une y amalgama las palabras.

¡Es hora de contar!

(*) **CLAUDIA NEIRA ES DIRECTORA DEL FESTIVAL CENTROAMÉRICA CUENTA**

V FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES ◆

UN CUENTO INÉDITO

SERGIO RAMÍREZ

SU EXCELENCIA DESPERTÓ, y se incorporó, cansado de tanto dormir. Fuera del mausoleo, que semejaba un templete egipcio, las callejuelas del cementerio se hallaban desiertas, salvo por un panteonero que se alejaba con un saco de hojas secas al hombro. El cielo tenía el mismo color de oro mustio del atardecer de hacía años en que lo habían depositado en la cripta, tras los tediosos funerales de estado que acabaron con un melancólico toque de corneta. Y mientras la multitud se dispersaba, los músicos de la banda de los Supremos Poderes, que habían acompañado el féretro desde la catedral metropolitana ejecutando marchas fúnebres, regresaron a su cuartel tocando aires festivos, como mandaba el ceremonial.

Traspuo las rejas del portón. En las calles sólo se

De la eternidad



encontró con un niño que hacía rodar un aro empujándolo con un palo, y que no se distrajo de su juego cuando lo vio cruzar a su lado con el paso cansado de quienes se levantan de entre los muertos. Del lago, al otro lado de la vía férrea abandonada, donde desembocaban las cloacas, llegaba la tufarada a mierda fermentada en el aire tibio.

Emprendió la marcha por la avenida sombreada de palmeras reales que llevaba hacia la loma donde se alzaba el palacio presidencial, con sus almenas y ventanales de estilo mudéjar, la cuesta demasiado empinada para sus fuerzas, por lo que debía detenerse a trechos. Su vigor ya no era el mismo de los tiempos de la campaña gue-

rrillera en las montañas del Septentrión, cuando había sido capaz de aguantar jornadas de días enteros en lo espeso de la manigua, y se alimentaba de pavones silvestres mal desplumados, y monos congos derribados a balazos de las alturas de los árboles, que en la olla en que hervían despellejados parecían niños de pecho.

El niño del aro no tenía por qué reconocerlo ni asombrarse de verlo vivo, porque ni siquiera había nacido para la fecha de su deceso. Pero al trasponer el portal del palacio, los centinelas, tras un instante de vacilación, le presentaron armas. Y Sofonías Alegría, el secretario de actas y acuerdos, que fumaba acodado en la balastrada abierta al jardín de las garzas, al verlo acercarse tiró el cigarrillo y corrió a ocupar su escritorio en la antesala del despacho presidencial.

En el despacho nada había cambiado. Seguía en la pared

su foto oficial, con retoques a mano que aureolaban de rosa pálido sus mejillas y teñían de una pátina verdosa la guerrera del uniforme de Generalísimo sobre el cual lucía terciada la banda presidencial; y, en custodia de la foto, pendientes de sus astas en forma de alabardas, de un lado la bandera nacional, y del otro la bandera del partido.

Tocó el timbre para llamar a Sofonías, que acudió presuroso, andando con pasos cortos, la visera verde sombreando su rostro y los dedos manchados de tinta violeta, y puso frente a él una carpeta de partes reservados y otra de oficios y decretos para firmar.

- ¿Qué ha habido de nuevo? -preguntó S.E., tras un bostezo que dejó ver sus calzas de oro en los molares.

- Sólo una rebelión de estudiantes a la cual se sumaron elementos subversivos civiles, pero fue debidamente sofocada -le informó Sofonías.

Las más pequeñas de entre las más pequeñas

MAURICIO ORELLANA SUÁREZ

Sabemos bien que el mercado centroamericano del libro es como un niño pequeño y algo desnutrido. Pero también sabemos que hay una serie de iniciativas editoriales, de muy amplio espectro y al margen de las editoriales estatales, que han surgido para dar a conocer lo que se escribe en la región, y a las que las mueve, como en todas partes, no hay que negarlo, desde el mero interés por hacer negocios con algo más (lo comercial), hasta lo puramente literario, pasando, por supuesto, por una combinación de ambas. El editor, por estos lares, suele ser una figura en formación, por lo regular

empírica, y la edición, un oficio hecho por necesidad, muchas veces asumido por autores o diseñadores gráficos. Es en este territorio en proceso de desarrollo en el que los buenos textos (que están ahí) deben moverse para alcanzar su público.

Aparte de las limitaciones económicas y búsquedas estéticas, hay otro tipo de situaciones prácticas a que nos enfrentamos en Centroamérica. Una de las problemáticas principales con la que tiene que lidiar nuestra nueva literatura (esa que algunas de las llamadas pequeñas intentamos rescatar del vacío, de la inexistencia pública), se reduce a la lectura y la circulación de los libros, incluso y especialmente dentro de nuestros mismos terri-



torios: fronteras, librerías, espacios, todo parece estar cerrado a nuestras propias voces si estas son publicadas localmente, y derribar esas barreras es uno de los trabajos principales de las editoriales llamadas independientes de Centroamérica.

Es en este panorama, que algunas pequeñas editoriales estamos allí no para acaparar textos y voces que consideramos relevantes, y hacer dinero con ellas, sino para algo mucho menos pretencioso pero más importante como es el dar visibilidad, aportar para que esos textos luego puedan trascender en otros territorios, bajo otros sellos con más músculo, en canales más amplios de distribución. Para estas, lo primordial es el texto, y nosotros (incluyendo al autor) somos ahí unos simples intermediarios. Si podemos llamar la atención sobre un texto que nos parezca notable para que encuentre luego un camino menos difícil y extenuante para recorrer, con eso ya hemos cumplido nuestra fun-

ción. En el más afortunado de los casos, las más pequeñas buscamos y encontramos, para luego soltar: ¿Qué enfrentamos? La desidia de los medios, la indiferencia de las instituciones públicas, a veces su censura descarada. Enfrentamos el silencio, por una crítica literaria inexistente en varios de nuestros países, o interesada más en la figura pública del autor que en el libro en sí. Para nosotros, ni es industria, ni es espectáculo, ni hay cadena. La distribución hay que hacerla personalmente, inventarla a diario de la nada, ir y dejar los libros en persona, utilizar mensajería. Somos como sellos un poco suicidas, que siempre estamos en la condición de desaparecer mañana mismo. Nos enfrentamos a una ineficiente educación lectora de la población, que la hace estar negada a lo propio que no sea canon. Debemos crear lectores con criterio, hacer que los potenciales lectores se abran a voces nuevas, se aventuren, salgan de sus prejuicios. Por todo ello la existen-

- ¿Y de dónde sacaron las armas esos pendejos?

- Salieron desarmados a las calles. Se usó fuego de francotiradores para despejar las barricadas que se atrevieron a levantar. Todo está consignado en los partes.

- ¿Qué hay para firmar?--preguntó tras otro bostezo.

Tanto tiempo sin despertar, y aun así sentía los párpados pesados de sueño.

- Las órdenes de fusilamiento de los cabecillas están en el legajo de encima. Lo demás son ascensos de grado y condecoraciones para los jefes de tropa de la operación. Los francotiradores ya han sido recompensados.

S.E. revisó la lista de los condenados a muerte acercándola a los ojos miopes.

- Pero todos estos mismos ya fueron fusilados en el siglo pasado.

- Esos fueron otros, culpables también del delito de rebelión. Lo que pasa es que

los nombres siempre se repiten.

Con gesto decidido S.E. mojó la plumilla en el tintero de cristal de roca, y al pie de la palabra "ejecútese" trazó su firma adornada con la vistosa rúbrica que era como la cola de un dragón enrollada en tres vueltas.

- Los ascensos y medallas quedan para mañana --dijo S.E. y alejó de sí la carpeta.

- Como usted ordene respondió Sofonías, y pasó el secante sobre las firmas.

S.E. fue hasta la ventana desde donde se miraba abajo la ciudad. Las farolas ya estaban encendidas en las calles trazadas a cordel, y los zopilotes sobrevolaban en la creciente oscuridad los botaderos de basura desde los que se alzaban columnas de humo que se dispersaban lentamente en la distancia.

- Que prendan las lámparas ordenó S.E. Estoy aburrido de tanta oscuridad.

cia de estas editoriales trascendiendo por mucho lo literario, al involucrarse en una transformación cultural sin predominio del tan contraproducente ego del editor. No creemos en armar catálogos para satisfacernos personalmente, sino en poner las luces sobre textos que nos parece importante visibilizar. Al menos en pequeñas editoriales como Los Sin Pisto nos apoyamos en el aval de buenos lectores para publicar un texto, no lo imponemos ni dejamos que las posibilidades económicas (el pisto, como le llamamos al dinero en El Salvador) de los autores, o sus capacidades histriónicas de oradores, sean un factor al considerar una publicación (algo en lo que fácilmente caerían otros), así el riesgo sea mayor. Un buen texto, para nosotros, es irrenunciable, y tratamos de hacernos cargo de él de la mejor manera que podemos con todo y los escasos recursos con los que contamos. Las pequeñas buscamos algo en común tan general como la cali-

dad literaria, pero bajo formas expresivas muy singulares, propias, novedosas, arriesgadas, fuera de las modas. Nos interesan textos incisivos que se ponen (y ponen al lector) en situaciones de riesgo al ocurrir, desconfiadas de las poses y las complacencias. Idealmente, textos estimulantes y críticos de todas las dimensiones ya sean personales o colectivas de nuestras realidades, que ameritarían una nueva clasificación. ¿Para qué queremos más de lo mismo? ¿Qué aportamos entonces las pequeñas editoriales centroamericanas? Bibliodiversidad, con esas modalidades muy particulares de ser de nuestras literaturas locales, con sus propias inflexiones, tonos, temas y maneras. Como cuando conoces a otras personas que te resultan afines a pesar de ser tan diferentes a ti. De todas ellas, cuantas más, mejor, y más enriquecidos salimos. Después de todo, a veces un gesto de solidaridad es lo que algunas buenas voces requieren para hacerse escuchar.

Vídeo

RODRIGO REY ROSA

De las ciento treinta y nueve videocintas que vi durante mi estadía de casi un año en Nueva York, estas son las que más me impresionaron:

«Materia»: Primera parte: en la pantalla, en primer plano, un dedo apoyado en un pedazo de madera brava, una tabla astillada. El dedo comienza a frotar la madera mecánicamente, y, segundos más tarde, herido por las astillas, empieza a sangrar. Fin de la primera parte. Segunda parte: todavía en primer plano, el dedo sangrante introduce la uña, un poco larga, en una raja de la tabla. Despacio, el dedo comienza a girar, de modo que la uña se levanta de la carne dolorosamente hasta el blanco. Fin.

«Ratón malo»: Vista vertical de una gramilla verde salpicada con hojas otoñales. En el centro, un ratoncito blanco atrapado en una trampa de cola. Está quieto, con los ojos abiertos, y de pronto, frenéticamente, intenta libertarse, sin resultado. Vuelve a quedarse quieto, como conforme, pero después de un momento vuelve a luchar. Exhausto de nuevo, vuelve a la inmovilidad. Ocurre un corte, y sabemos que el tiempo ha pasado, pero para el ratoncito todo sigue igual, salvo que ahora los intervalos entre lucha y quietud se han hecho más largos. Otro corte: el ratón ha cerrado los ojos, pero sabes que no ha muerto, se le ve respirar; sin abrir los ojos, vuelve a moverse —más bien, un temblor recorre su cuerpo: es el reflejo de libertad que sigue vivo.

Misericordiosamente —pues tú crees que vas a presenciar la muerte por inanición que les espera a los ratones que caen en aquellas



trampas— aparece en la pantalla el cañón de una pistola que, de un balazo, borra al ratón.

«Amor natural»: Por la banda sonora —una sinfonía de ruidos urbanos— suponemos que la nave donde yace la mujer desnuda se encuentra en Nueva York. Es una mujer madura, voluptuosa, que, increíble pero indudablemente, tiene relaciones sexuales con un jaguar (hay primeros planos de la penetración). Una voz impersonal explica que al jaguar, proveniente de Amazonas, se le han extraído los colmillos y las uñas, pero no ha sido castrado.

«Calor»: En una esquina del Bowery, toma fija de un grupo de niños pobres jugando con el poderoso chorro de agua de una boca de incendios, empapados y felices.

«Torres»: Las veinte mil horas empleadas para erigir las Torres Gemelas de Nueva York, comprimidas en una videocinta de quince minutos, tomadas por una cámara fija desde Battery Park.

«Paseo virtual»: Ludwig Wittgenstein paseando con Gertrude Stein por los jardines del Palais-Royal. No intercambian una sola palabra, pero uno tiene la impresión de que se comunican entre sí, y de que no están de acuerdo en nada. Paul Klee

aparece en el fondo. Fin.

«Tiempo»: Curiosísimo documental impresionista de una fábrica de relojes en una ciudad asiática, donde se emplean exclusivamente mujeres viudas o divorciadas. Documental paralelo de la vida sexual del propietario, un cuarentón soltero y mujeriego.

«Suicida»: Se trata de X, asombrosamente —un ex amigo. Está sentado frente a la cámara, mirando a la cámara. Levanta una pistola, se la pone debajo del mentón, dispara. Un desastre. Hay sangre y partículas de seso en el suelo, en la pared. Aparece una mujer (el ama de llaves) y comienza a limpiar la sangre con un trapeador. La cámara gira para enfocar un televisor con videocasete. El ama de llaves enciende el televisor, introduce una cinta y la echa a andar. Aparece X. Está sentado frente a la cámara, lee apologías del suicidio por distintos autores. Al terminar la lectura, levanta la pistola, que ha mantenido oculta, mira fijamente a la cámara, y todo empieza de nuevo.

«Fuego»: Al principio, los enormes árboles no permiten ver el cielo, pero a medida que el follaje va siendo devorado por las llamas aparecen dos columnas de humo que se alejan con los restallidos de la madera que arde. La cámara se inclina sobre un manto de cenizas blanco y color plomo que humea aquí y allá entre palos abrasados. Una nieve negra comienza a caer lentamente. En el fondo, un sol polarizado.

«Olas»: Quince minutos exquisitos en negro y blanco. Olas, únicamente olas, sin un centímetro de cielo, barca, orilla, ni siquiera espuma, cien por ciento olas, y el sonido del viento sobre el mar.

V FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES ◆

El otro hijo de Los Wang

MARIO MARTZ

Abra la puerta, ábrala, dice el señor Wang.

Puedo imaginarlo: de pie, en su bata roja y con sandalias negras, tocando con su pequeña mano la puerta. Sólo cuando deja de tocar y escucho sus lentos pasos en dirección a la planta baja, pienso en la noche en que yo toqué esa puerta. Pero ahora doy vueltas entre las sábanas y reconozco el lugar: la misma habitación invadida de cajas repletas de ropas y objetos que los Wang ya no usan y que en un par de semanas donarán a una organización de beneficencia.

A decir verdad, llevan tiempo diciéndome que



algún día donarán todo, pero ese día nunca llega, y yo no hago más que insistirles que lo hagan de una buena vez: así podrán despejar el cuarto y, sobre todo, librarse de la vida que cargan los objetos dentro de esas cajas.

Y ahora que me levanto, busco mis cosas y me dispongo a bajar a la primera planta. Los Wang me invitan a que me sienten con ellos, me preguntan si dormí bien.

Muy bien, respondo, arrastrando una silla.

Es la primera vez que duermo con ellos. Todo comenzó hace un par de semanas, cuando el señor Wang me invitó a quedarme a dormir. Hasta ayer me negaba con firmeza, pero no tuve otra opción pues

había tomado demasiado y estaba tan ebrio, que apenas podía sostenerme de los brazos del señor Wang. Según ellos, estuve gritando que me dejaran ir, pero el señor Wang, en tono insistente, decía «no amigo, ésta es su casa, somos amigos».

Los Wang están en el país porque buscan a su hija desaparecida y cuando me enteré de que eran los nuevos inquilinos, toqué a la puerta como quien llega a la casa del nuevo vecino para decirle: «Si se les ofrece algo, sólo búsqüenme. Vivo a la vuelta». Fue muy fácil convencerlos, pues a las semanas el señor Wang vino a verme para preguntarme si conocía a alguien que le sirviera de chofer. Le propuse que yo podía hacerlo: que no me costaba nada encender mi camioneta y pasearlos por la ciudad y acompañarlos a la calle cuando fuera necesario, así

como ayudarles a practicar su español.

Al señor Wang, sin embargo, le pareció extraño, pues no concebía que un desconocido fuera tan amable con él y su esposa. Aclaro que yo tampoco esperaba serlo, pero me daba curiosidad saber por qué estaban en el país y cómo habían dado con este condominio.

¿Seguro, seguro?, preguntó el señor Wang.

Sí, respondí. ¿Por qué?

Por nada, amigo, por nada. ¡Gracias!

Antes de ellos estuvo una familia brasileña, a quienes les ofrecí ayuda, pero a las semanas abandonaron la casa. Luego llegaron unos rusos, a quienes les pregunté si mi exesposa les había rentado la casa. Ellos respondieron lo mismo: «No conocemos a ninguna Laura. La renta se negocia a través de una agencia inmobiliaria».

Ovejas Versus Cisnes

ROLANDO KATTAN

Las ovejas son en el mundo al revés las nubes que contemplan las estrellas cuando se tienden boca abajo en su oscuro patio. Para nosotros las ovejas son de día, un dios hechizado de mansedumbre y de noche, se convierten en preguntas, en dientes y pendientes que nos muerden las uñas y andan a sus anchas en los patios del insomnio. Contar ovejas es un conjuro contra la tiroides de un demonio. Por eso las mañanas nos animan a sacarle punta a los lápices, a que vuelva la dentadura a la boca y llevar el rebaño de ovejas al manso corral de la rutina. Pero vuelve la noche y las ovejas me miran con sus

ojos mansos y redondos y preguntan: ¿Por qué veo en tus manos las manos de tu padre muerto? ¿Quién duerme en el espacio vacío de tu cama?

¿Cómo duele un equinoccio en la costilla? ¿Retoñará, alguna vez, un fruto de las palabras que plantaste como un árbol imposible? ¿Por qué sueñas con relojes de arena, si todo se va haciendo polvo?

Hasta que descubrí los cisnes negros y en lugar de las nubes vi el inmenso lago del cielo y cada cisne con su hermoso cuello de pregunta infinita me abrazaba extendiendo las alas. Los cisnes negros son en el mundo al revés, las estrellas que las nubes contemplan cuando se pasean por los lagos. Para



nosotros un cisne negro es un manso ángel que no interroga, ni responde: en silencio y junto a ellos, somos nosotros la pregunta y te deja soñar con relojes de polvo, con el polvo que va quedando de tus días.

Nuestra historia

SHIRLEY CAMPBELL BARR

Nuestra historia
La nuestra no nos llegó en capítulos
ni de menor a mayor
como suele suceder
no nos llegó desde el principio
desde la cuna
desde los primeros días
de escuela.

No nos apareció en los libros
o en las sorpresas de los cereales o
esas cosas
se nos portó cruel y egoísta
se nos mantuvo oculta como una ladrona
como quien se resiste a dar luz
y compartir.
Ella nos llegó en lenguajes desconocidos
fragmentada

nos llegó interpretada por los enemigos
en sus rostros y sus verdades se nos entregó sucia...
vacía
hecha pedazos
nos llegó en harapos
descalza
acribillada
la recogimos humillada.
Fue necesario que saliéramos
como valientes guerreras
a recuperarla
limpiarle las lágrimas
las manos
vestirla de nuevo
llenarla de orgullo
lavar sus rodillas
y cuando estuvo lista la sacamos al sol
y nuestra historia entonces luce hermosa
resplandeciente
fuerte
y camina desde entonces con el pecho erguido
y la frente alta.

Pero con los Wang fue diferente, especial. No para ellos, sino para mí. Aceptaron mi compañía, sobre todo el señor Wang, ya que en el fondo reconoce que la amistad está marcada por la inevitable complicidad de la pérdida. Hay visitas que se convierten en noches inolvidables; noches cargadas de historias, obsesiones y esperanzas. Noches en las que el señor Wang, en su español accidentado, cuenta en distintas versiones su vida de campesino en su China natal y, entre fascinación y lástima, el día que conoció el mar y la suerte que acompañó a su familia cuando él tenía once años, pues su padre fue un perseguido político tras el triunfo de los comunistas en 1949.

Fue muy duro, amigo, repite cuando recuerda el episodio.

Llevo varios meses dedicado a descifrar su historia,

mientras ellos intentan descifrar la mía.

La señora Li, en cambio, me habla de Zhao, el hijo que vive en Nueva York y a quien no ven desde hace cinco años. También me cuenta —esto lo repiten cada tanto, como si fuera el único tema de conversación— de la hija desaparecida en Honduras. Se llamaba Mei. Tienen la esperanza de encontrar algún indicio de ella y esperan que un día, alguna autoridad competente les llamará para decirles que finalmente la encontraron. Ya no viva; al menos su cuerpo, musita el señor Wang, entrecerrando los ojos, levantando su taza de té y dándole una calada honda a su cigarro. Sólo eso, amigo, sólo eso, agrega.

Mei viajaba en autobús con otros siete turistas a las ruinas de Copán. Habían salido de madrugada de

Managua. Y después de cruzar la frontera fueron interceptados por un grupo de maras. La noticia la recibieron tarde, un mes después, cuando un representante de su embajada en Managua los llamó para contarles la tragedia. Vendieron todas sus pertenencias y realizaron una larga travesía a un país cuya lengua balbuceaban gracias a sus cursos previos al viaje, y mi compañía, según me ha dicho el señor Wang, ha sido muy importante para ellos, sobre todo en un país que no conocemos, porque sabe, amigo... buscar a una hija desaparecida en un país extranjero es como caminar hacia la muerte de uno mismo.

Hasta ahora las autoridades han informado que no saben nada del paradero de Mei ni de los otros turistas. Todas las versiones coinciden en que fueron secuestrados, asesinados, y

que los cuerpos fueron quemados en alguna montaña de Honduras. ¿Cómo saben todo eso las autoridades?, se preguntan los Wang con desconfianza. Nadie ha podido aclararlo, es algo que solamente con el tiempo se sabrá, les digo. Varios periódicos de la región han publicado investigaciones en torno al tema, pero ningún informe ha aclarado la desaparición de Mei.

Hace una semana los Wang se alertaron de una serie de crímenes. No podían creerlo; en cuanto vieron las imágenes de los cuerpos flotando sobre los lomos de las aguas grisáceas de un lago, corrieron a llamar a su embajada, pero nadie les atendió, luego me buscaron a mí. Intenté calmarlos, les dije que eso no era real, que este país es un país seguro, pero los Wang no hallaban la forma de

decirme que se sentían inseguros y que querían regresar a su China ahora ya lejana. No sé cómo logré calmarlos. No dejaron de preguntarme si esto era frecuente, les dije que no, ¿cómo van a pensar eso? Pero la foto publicada en el diario *La Prensa* demostraba lo contrario: varios cuerpos quemados y algunos enterrados en un bosque. Intenté explicarles que esa había sido una noticia ocurrida hacía ya varios años, pero la señora Li, que nunca habla, me pidió que no les mintiera. Les dije que no, que no estaba mintiendo. Al final, sin embargo, decidí contarles lo verdaderamente ocurrido, y confirmar sus sospechas, y durante el resto de la tarde se dedicaron a repetir las siguientes palabras: «peligro, país peligroso».

(Fragmento de “El otro hijo de los Wang”)

Microcuentos de Pedro Crenes

1 Mentiroso

Para Juan Carlos Chirinos, hermano

“Úrsula Iguarán”. Así les dije que se llamaba mi novia. En el bar mis amigos se sorprendieron con la noticia y yo pasé a describirla como una mujer trigueña, de trancos de leona y acento sudamericano.

“¡Por García Márquez!”; brindó mi amigo Juan Carlos. La mayoría sigue sin entender por qué.

2

Sospechosa

— ¡Uno de estos días te la pincho! —advirtió harta Asunción a su hijo Paco que

miraba en compañía de su muñeca hinchable una película porno.

—El que a hierro mata a hierro muere —le contestó Paco desde el sofá sin dejar de manosear a su chica.

Al día siguiente, doña Asunción cumplió su amenaza.

Días después los vecinos avisaron a la Policía. Asunción Martínez apareció apuñalada en su casa.

Francisco Reyes de 38 años, declaró que la había encontrado muerta al volver del video club. El cuchillo ensangrentado apareció en su habitación. No se encontraron huellas en el arma homicida.

De la muñeca herida,



nadie sospechó nunca.

3

Muerto

Me miras en la penumbra del salón, cruzada de brazos, con un gesto de asco en la cara, tapándote la nariz.

¿Qué haces aquí? por fin preguntas.

¿He venido a buscarte? contesto, y tú te inquietas.

Te enterré hace dos meses, no jodas —replicas.

Desde nuestra habitación, una voz de hombre pregunta quién es.

Me das la espalda y me dejas allí,

solo, en la penumbra, respondiéndole tú que nadie.

4

El circo

Para Ana María Shúa y su circo de brevedades

Solo, en el centro de la pista y con la vieja chistera en

la mano, recordé que la mujer barbuda se afeitó para irse — por fin—, dijo, con el trapezista cubano —seremos amigos—, me consoló, saliendo por la puerta... que la enana no creció, pero dejó atrás sus complejos llevándose al huerto al forzado, bajo el mismo bonsái en el que me lo pidió a mí y yo le dije que tal vez, que las diferencias, que el tamaño... que la domadora me dejó por mi poca garra, por poco fiero, y que eligió al payaso porque le robó el corazón con su cara tragicómica y común...

Solo, en el centro de la pista, con la vieja chistera en la mano, no me atreví a presentar la última atracción de nuestro circo, “el hombre orquesta”, y recibir el aplauso del silencio.

5

Susto

A Tito, para cuando despierte

Cuando desperté, el dinosaurio huyó asustado.